

IV

Cocardasse repudia á Petronila.

Mientras acompañado de su factótum Gonzaga se dirigía á marchas forzadas hacia París, mientras los antiguos familiares de la Casa de Oro, siguiendo la mala como la buena fortuna del Príncipe, concurrían por diversos caminos al mismo punto, maese Cocardasse y Amable Passepoil no conseguían consolarse del baño forzoso que tomaron en el albañal de Montmartre.

No era gente que se satisficiera sin tomar venganza; tanto más, cuanto que sabían de dónde partía el agravio y quiénes eran los agraviados, instrumentos viles del miserable que preparó la indigna asechanza de los fosos de Caylus; así como conocían el cuartel general de los malandrines, gracias á las revelaciones de Maturina á su amado Passepoil.

Cocardasse creía lo más lógico ir á aquel cuartel general, al figón de los *Sacamantecas* donde se fraguaban las emboscadas de los mercenarios de Gonzaga; pero Passepoil, que era la misma prudencia, se resistía á ello, y ni aun quería volver al otro bodegón de enfrente.

Con efecto; su pasión por la *Bizca* se había ahogado en el albañal, y allí había nacido otra

de la misma inmundicia de la cloaca, como los fuegos fatuos de los pantanos cenagosos. Y lo mismo que los fuegos fatuos Maturina desapareció sin dejar huella de su paso, á noser la pasión profunda que encendió en el inflamable corazón del diestro.

No quería, pues, intentar nada hacia la Granja Batelera mientras no tuvieran fuerza suficiente para dar el golpe sobre seguro: cuando regresara Lagardère, los tres solos eran muy capaces de limpiar de bandidos aquel nido.

Su proyecto era razonable; esperar una ocasión que les permitiera castigar á los bandidos con toda seguridad, aunque para ello tuvieran que aguardar el regreso de Lagardère; pero el carácter poco sufrido del gascón no le permitía esperar: ardía de impaciencia, maldecía más que nunca, y juraba que no podía contemporizar. Se consumía por intentar un desquite, sin preocuparse de formar un plan ni de reflexionar acerca de las consecuencias.

—¡Eh, mil diablos!—argüía un día disputando sobre el asunto con su *alter ego* en la cámara que les habían destinado en el palacio de Nevers.—Tu parisiensito tendrá bastante que hacer cuando venga, sin necesidad de mezclarse en nuestros asuntos particulares. Nuestra misión, ¡voto á bríos!, es limpiarle el camino para que no tropiece con alimañas.

—Todo eso está muy bien—replicaba apaciblemente el normando;—pero olvidas, mi noble amigo, que sólo somos dos, y ellos son por lo menos cuatro, sin contar todos los demás bribones que les prestarán ayuda. Seríamos vapuleados de nuevo.

—¡Cuernos de Satanás!

—Y quizás algo peor.

—¿Lo crees así, pequeño?

—Estoy seguro. En todo caso, no podríamos presentarnos sino de día y acompañados de alguien, para mayor seguridad.

—¿Y de quién?

—¡Tripas de un venado! Si lo supiera, ya te lo hubiese dicho. Lo más desolador es que no veo quién. No vamos á hacer que nos acompañen los señores de Chaverny y de Navailles.

—¡Mal pecado! ¡Ya lo tengo! Hace mucho que Laho no ha ejercitado el puño, y le gustará descoser las tripas de algún bellaco.

Passepoil se encogió de hombros.

—Antonio no se apartará de mademoiselle Aurora por eso, y hará bien.

—¿Y el pequeño Berrichón? ¿Crees que se negará á ayudar á los viejos?

—No te aconsejo que vayas á pedirle permiso á la señora Francisca. Si le sucediera alguna desgracia al chico, nos lo haría pagar á sartenazo limpio.

—¡No haya miedo, pequeño! Voy á decir dos palabras á Juan María; y si quiere ser de los nuestros, ya arreglaremos después cuentas con su abuela. ¡Vive Dios! ¡Es preciso que el muñeco aprenda á hacer algo con los dos brazos!

El normando reflexionaba. El nombre del niño retrotraía á su mente sucesos remotos. Se pasó la mano por la frente, y murmuró:

—Verdad que es hijo de aquel pajecito que vimos en la hostería *La Manzana de Adán*, en Louron. Aquél no tenía nada de cobarde ni de tímido. ¿Te acuerdas, Cocardasse?

El gascón dió un terrible golpe con el pie en el suelo: no le gustaba que le recordasen las épocas de su vida en que había representado un papel sospechoso.

—¡Calla! ¡Demasiado me acuerdo! ¡Qué de cosas han pasado desde entonces! Pero no hablemos de eso. Basta con que Cocardasse y Passepoil hayan conservado buen ojo, pies sólidos, mano segura y el pellejo poco menos que intacto. Decíamos, pues, que el bribonzuelo arde en deseos de llevar una espada al cinto. Pues bien; no veo por qué no hemos de complacerle.

—¡Es tan jovencito! Y además, francamente, yo no quiero tomar sobre mí tal responsabilidad ante su abuela.

—No te apures. La tomo yo toda. Y si la mosquita no es un gallina, vamos á darle ocasión de que haga sus primeras armas.

Á pesar de todas las contrariedades experimentadas muy á menudo por su mala costumbre de escuchar detrás de las puertas, Juan María no pudo corregirse por completo de tal vicio. Opinaba, y no sin razón, que era el mejor medio para enterarse de muchas cosas que no iban á confiarle, lo cual hacía que no escarmentase.

Como los diestros no tenían costumbre de hablar bajo, hubo de enterarse de sus escapatorias, sin jactarse de sus averiguaciones ni tratar de vender el secreto de sus maestros y amigos. Escuchando, como de costumbre, haciéndose todo oídos, acababa de enterarse de la conversación de Cocardasse y Passepoil, cuyo final hemos transcrito. Y no hay que decir que creía mucho más lógico y convincente el razonamiento del gascón que el del normando. Así, pues, no pudiendo resistir á la tentación, entró muy pronto en la cámara.

Á decir verdad, y á despecho de las objeciones de Amable, Berrichón no era ya un niño. Todavía tenía algo de esas trazas de bobo y torpe peculiares á los adolescentes que se han desarrollado muy pronto; pero estaba hecho un mozo sólido y fuerte. Al extremo de sus flacos brazos oscilaban dos puños enormes como gran-

des martillos de mango demasiado largo, no daban ganas de experimentar los efectos de su pesadez. Sus muchas correrías por las calles de París y su práctica de la esgrima habían desarrollado también la agilidad y el vigor de sus piernas, condiciones todas que, dada la ocasión, podían hacerle representar muy bien el papel de un hombre.

Aunque penetró en la estancia espontáneamente y con pleno conocimiento de causa, asustado y perplejo por su audacia, permaneció silencioso durante algunos segundos. Luego, recobrando súbitamente la serenidad exclamó, como si le asombrase encontrar allí á los dos diestros:

—¡Á propósito! ¡Buenos días! Yo os creía de pesca.

—¡De pesca!—replicó el gascón.—Ya sabes que tengo horror al agua, bribonzuelo.

—Bueno; al agua clara, ya lo sé—contestó el pilluelo metiéndose las manos en los bolsillos.—Pero al agua turbia...

Los dos hombres se ruborizaron al oír esta alusión á su última aventura, y el nieto de la Francisca se apresuró á decir, para no darles tiempo de interrogarle acerca de cómo se había enterado del percance:

—¿Y de qué tratábais, maestros, que os veo tan serios?

Satisfecho de ver al hombrecito tratar otro tema más agradable, el gascón respondió con su habitual fanfarronería:

—¡Eh! Precisamente se trataba de ti. Dejé anoche clavada en el vientre de un bellaco mi Petronila, y no he tenido tiempo de ir á ver si está allí todavía. La de mi valiente Amable siguió idéntico camino, y necesitamos proporcionarnos otras. Ven con nosotros, Berrichón, y nos ayudarás á escoger.

Juan María, como se supondrá, no se hizo rogar. Los tres se dirigieron hacia los barrios de la Universidad, donde muchos mercaderes vendían tizonas, sables, estoques, dagas, puñales, espadas y otras armas.

Indudablemente era la primera vez que se veía á los diestros por las calles de París sin que al andar les azotara las pantorrillas una vaina. Así parecían dos palominos desplumados vivos á quienes se deja en el corral y que corren á esconderse avergonzados.

—¡Vive Dios! ¡Petronila me hace mucha falta! ¡Es casi como el que se queda viudol ¡Apretemos más el paso, ¡cuernos de Lucifer!, porque los brazos están pidiéndome vapulear á todos esos ganapanes que nos miran como á bestias raras!

En aquel tiempo Rousseau el joven, que algunos años más tarde había de ser el mejor

esgrimidor de París, se preparaba á fundar su Academia, y tenía en el muelle de los Agustinos una tienda muy bien surtida, y reputada como la en que se vendían las armas mejor templadas. Algunos aseguran que probándolas él mismo llegó á adquirir tanta destreza y pudo hacer de su hijo y de su nieto los excelentes maestros de esgrima de los príncipes é infantes de Francia. Gloria que costó cara al último, pues en la época del Terror no le perdonaron que perteneciese á una familia que de padres á hijos había enseñado á manejar la espada á los miembros de la casa Real, y fué juzgado y sentenciado á muerte. Por cierto que uno de los jueces, bromeando por excepción en aquellos tiempos, le gritó desde su sitial:

—¡Anda; pára ésta, Rousseau!

No pudo pararla, y murió en el cadalso.

Nuestros dos diestros, que conocían hacía tiempo al abuelo, se fueron derechos á su tienda.

—¡Mil rayos!—exclamó al verlos.—¡Si son Cocardasse y Passepoil! ¿Tenéis la intención de haceros ermitaños, que no lleváis espada al cinto?

—¡Mal pecado!—gruñó el tolosano frunciendo el ceño.—Eso es precisamente el objeto de nuestra visita, amigo. Nuestras espadas no tienen tiempo de enmohecerse; pero á veces se

quedan dentro del cuerpo que tocan. Quise ensartar tres de una vez, y vi que para tenerlos en el asador había que dejarlos atravesados, y... ¡ahí tienes!

Rousseau sonrió. Sabía lo que había que rebajar de las fanfarronadas gasconas; pero no por eso fingió menos creerle.

—¡De mano maestra! Pues si Passepoil sigue tu ejemplo, ¿qué va á quedar para nosotros? No hay que matar muchos así, pues nuestro comercio se arruinaría.

—¡No tengas miedo! ¡Cochina suerte! Cuantos más de esos bribones se matan, más brotan diariamente. Pregunta por gusto al pequeño cuántos hemos despachado en España.

Iba á lanzarse á hacer un fantástico relato de sus proezas allende los Pirineos; pero Rousseau no le dejó tiempo: su réplica de mercader no era menos precisa y pronta que su réplica de esgrimidor.

—Á propósito de España, Cocardasse. Justamente tengo lo que necesitas: una hoja magnífica, legítima de Toledo, flexible como un junco, larga como una alabarda. Ignoro quién es el demonio que la forjó; pero apostaría á que la cazoleta es del Cincelador. Para cualquier otro que no fueses tú valdría un dineral.

Rousseau no creía decir tanta verdad; pues la espada que ofrecía al gascón era una de las

primeras forjadas y cinceladas en Pamplona por Lagardère cuando éste trabajaba para criar y mantener á Aurorita. Si no era obra tan acabada como las del famoso Cincelador, que ya se vendían á peso de oro, no dejaba de estar admirablemente templada. Los ojos de Cocardasse se iluminaron intensamente.

—¡Dios de Dios!—exclamó.—¡Este juguete en la mano del hijo de mi padre es como si la armaran de un rayo! Antes de ocho días la cazoleta estará roja por la sangre como una amapola.

Diciendo esto la encorvaba, la blandía y daba tajos y reversés á enemigos imaginarios, murmurando:

—¡Ligera como una pluma...; bien templada! ¡Cuernos de Satanás! ¡Mi sueño dorado! No me pidas mucho por ella, pues si no pudiera comprártela, ó me atravesaría el pecho con la hoja, ó te la robaría.

Rousseaula había adquirido por una miseria, y si bien hubiera podido venderla más cara á cualquier aficionado, no quiso privar al gascón de una satisfacción tan poco costosa, y le pidió un precio razonable, que el diestro aceptó inmediatamente.

—¿Y tú, Passepoil, necesitas algo sólido y de prueba? Tengo lo que necesitas: una excelente espada que esta mañana mismo han ve-

nido á venderme, y que ha debido de hacer brillantes campañas. No he hecho más que ponerle vaina. Mirala por gusto.

Apenas la mostró, cuando Cocardasse se llevó la mano á los ojos para restregárselos:

—¡Sangre de Cristo! ¡Pero si es mi Petronila!

—¡Vaya!

—¡Te lo juro! Si estuviera en otras manos que las tuyas, el que la tuviera pasaría un mal rato.

—Sin embargo, yo la he pagado, y bien— repuso el armero riendo;—y si la quieres, tendrás que pagarla tú también.

—¿Quién diablos puede haberla vendido?

—Una especie de mendigo mal encarado que me dijo haberla hallado en los alrededores de la *Granja Batelera*. ¿Es por allí por donde la dejaste con los pobres diablos ensartados?

—¡Voto á bríos! ¡El bellaco me la robó!

—¡Cómo! ¿Te dejas robar la espada, Cocardasse?

Rousseau sonreía irónicamente al ver el semblante del gascón, que denotaba una gran confusión, por no tener malditas las ganas de explicar cómo se había separado de su tizona. Passepoil, regocijado también, buscaba entre las armas del mercader la suya, por si acaso había ido á parar allí; sin aludir al suceso, pues no de-

seaba que á su vez se burlasen de él. Por fin eligió una que creyó la mejor, y la compró.

Mientras tanto Cocardasse, perplejo, tenía una espada en cada mano. De una parte tenía cariño á Petronila; de otra veía que era la hoja española más excelente, superior: llegó á lamentar no poder llevar las dos, una á la derecha y otra á la izquierda. El mercader comprendió sus vacilaciones y el partido que de ellas podía sacar; así, dijo:

—Quizás haya un medio de arreglar las cosas. Me parece que tu antigua compañera vendría como anillo al dedo en el cinto de ese joven que mira con tanta codicia mis tizonas, y al cual podrías enseñar lo mucho que vale Petronila. Si es camarada tuyo, así tendrás ocasión de ver continuamente á esa *felona* en la faena.

Berrichón se estremeció de esperanza y de júbilo. Verdad que se hubiera contentado con una espada cualquiera: ya era bastante para él; pero ceñir el acero que había llevado el valiente tolosano era una honra que superaba á todas sus ilusiones. El gascón permanecía caviloso, triste, como el juez que se ve obligado á sentenciar á un pariente querido. Sin embargo, una palabra de las pronunciadas por el mercader le había herido en lo vivo.

—¡Felonal — repitió. acariciando al anti-

guo instrumento de sus hazañas.—¡Ay de mí! ¡No lo hubiera sospechado nunca de vos antes de vuestra traición! ¡Felona! La palabra es dura, pero justa. Como la mujer de César, la espada de Cocardasse no puede ser sospechosa.—Y con voz doliente y gesto de soberano justiciero añadió:—Con el derecho que todo marido ultrajado tiene para castigar á su señora esposa, querida mía, por esta falta sin precedente ¡os repudio!...

Después examinó á Juan María de alto á bajo, de frente y de perfil, como para asegurarse de que era digno de ceñir la ilustre tizona castigada tan cruelmente por una sola infidelidad, y con tono solemne y voz capaz de conmover á las mismas paredes, si fueran susceptibles de conmovirse las piedras, exclamó:

—¡Pichón!—y levantó el acero sobre la cabeza de Berrichón, que aguardaba ansiosamente la decisión del diestro cual si fuera á armarle caballero.— ¡Yo te la confío! Cuando hayas matado con ella tantos bribones como ha traspasado en mis manos, podrás irte solo de Norte á Sur, de Oriente á Poniente, como lo hace Cocardasse sin temor alguno. ¡Juan María: con sólo llevar esta espada al cinto, ya eres valiente! En cuanto la desenvaines tus adversarios se echarán á temblar.

Á pesar de semejante arenga y de la entere-

za de ánimo que probaban sus palabras, el buen gascón no experimentaba menos un grande y sincero dolor al separarse para siempre de su brillante compañera. Passepoil creyó oportuno auxiliarle para que persistiera en su resolución y le dijo con su habitual dulzura:

—Te duele separarte de ella: lo comprendo. Pero piensa que te ha sido infiel.

—¡Una sola vez!

—¡Tripas de un ciervo! ¡Basta y sobra con una vez! El hecho es que ha pasado por manos que no eran tuyas. ¿Vas á flaquear?

—¡Mal pecado! ¡Hace tanto tiempo que la bautizamos juntos! ¿Te acuerdas, pequeño?

—Eso indica que se ha hecho ya vieja.

—Y que debemos proceder á bautizar la nueva. Aguardad, amigos: voy á cerrar la tienda, y la bautizaremos. Yo seré el padrino.

—¡Vive Dios! ¡Tenéis razón! ¡Ya es hora de beber!—replicó el gascón, súbitamente tranquilo y resuelto.

Instantes después hallábanse en una taberna vecina, y la ceremonia debió de cumplirse á conciencia, pues duró cerca de dos horas. El vino clarete corrió por la cazoleta y por la hoja, y se necesitaba un caso como aquél para dejar Cocardasse que el zumo de la vid se malgastara tan tontamente.

—¡Cuernos de Satanás!—exclamó.—¡Maña-



Cuando una vez en la cocina quiso hacer á su abuela...

na el bautismo de sangre! Berrichón, cuida bien á mi vieja y no la escatimes los golpes.

Tanto bebieron que al salir sentía Juan María pesada la cabeza y débiles las piernas.

Pero estaba muy ufano de ceñir espada, y se apresuró á exhibirla ante su abuela. Al entregársela el diestro le había dicho:

—¡Ya eres valiente!

Y Berrichón, ayudado por los vapores del vino, no temía á nadie.

Sin embargo, la primera condición para llevar espada es tener las piernas sólidas, y el pobre muchacho, ¡ay!, no las tenía por culpa del vino. Así, cuando, una vez en la cocina, quiso hacer á su abuela una reverencia caballeresca que copiaba de su maestro Cocardasse, la espada se le enredó entre las piernas, y fué á dar de bruces á los pies de la cocinera midiendo el suelo.

La señora Francisca le levantó de una furiosa bofetada.

¡Ah! ¡No era aquélla la vía gloriosa por la cual debía llevarle *Petronila!*